

Daniel Prieto Castillo:

## El discurso nunca fue el reino nuestro

Onofre de la Rosa\*

Carlos Eduardo Cortés\*\*

### DANIEL PRIETO CASTILLO

*Investigador de la comunicación, filósofo y periodista. Ha trabajado en México durante siete años y actualmente desempeña el cargo de Experto Internacional de CIESPAL, en Ecuador. Algunas de sus obras publicadas son: "Estética" (México: Edicol, 1977)' "Vida cotidiana, Diseño y Comunicación" (México: UAM Azcapotzalco, 1977). "Discurso Autoritario y Comunicación Alternativa" (México: Edicol, 1980). "Elementos para el Análisis de Mensajes" (México: Edicol, 1983). "Voluntad de Verdad y Voluntad de Espectáculo" (Quito: CIESPAL, Colección Monografías, 1985).*

El análisis de mensajes ha sufrido un proceso constante de transformaciones a lo largo de los últimos veinte años. Desde las primeras lecturas inmanentistas del mensaje hasta las contemporáneas búsquedas por desarrollar

---

\* Licenciado en Comunicación Social. Investigador dominicano, actual Director del Departamento de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Especialista en Investigación y Planificación de Proyectos de Comunicación, en CIESPAL.

\*\* Comunicador Social. Profesor de Teorías de la Comunicación y Asesor de la Sección de Metodología de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana. Especializado en Investigación y Planificación de Proyectos de Comunicación en CIESPAL.

lecturas en el propio contexto de la producción social de los discursos, la investigación en comunicación ha ido generando y ganando espacios para la reflexión y la producción de recursos de interpretación.

Quien trabaja con mensajes, afirma el investigador argentino, tiene la obligación y la necesidad de conocer lo elemental del lenguaje y de los instrumentos de análisis. Y partiendo de esa premisa nos surgen algunos interrogantes en torno de ese proceso prolongado y sinuoso, que no ha estado exento de vicios y deficiencias que tocan directamente el papel jugado por la formación profesional de Comunicadores Sociales en relación con el conocimiento de los discursos, las capacidades expresivas y la producción y análisis de mensajes.

*Tu le asignas un papel central al discurso en tu propuesta de análisis de mensajes. Considerando el proceso de ese análisis a partir de los años 60, ¿cuáles han sido los lugares ocupados por el análisis discursivo?*

Bueno, el tema es central en tanto se piensa un poco en qué quiere decir uno con la palabra discurso. Hemos ido avanzando un poco dentro de ese análisis. A fines de los años 60 lo que planteábamos era una lectura ideológica bastante precaria, diría yo, en relación con los mensajes. Tomábamos en cuenta un mensaje y rápidamente lo interpretábamos a través de dos o tres claves y lo calificábamos o lo descalificábamos según lo que nos pareciera, lo que creíamos encontrar en él desde el punto de vista ideológico, de sospecha ideológica. El problema es mucho más complejo porque cuando uno habla de discurso, en el sentido amplio, se tienen que tomar en cuenta los modos concretos de expresión de distintos sectores sociales en una situación dada; y esto supone, entonces, un problema mucho más amplio que el de buscar ciertos mensajes y analizarlos como si fueran algo totalmente válido en sí mismo o totalmente descontextualizado.

Un discurso nos remite directamente al problema del contexto, donde hay una interrelación de discursos, un universo discursivo. Y eso supone enfrentarnos a formas de relación, a prácticas, a recursos expresivos, a contenidos, a cuestiones ideológicas también, pero no sólo a ello, sino a todo lo demás que configura cada uno de los discursos.

En este sentido, la propuesta es trabajar en varios planos o momentos: Uno, el de los *trabajos sociales* que requieren de un bagaje instrumental para el análisis del discurso. Es decir, la gente que necesita de esos mensajes para conocer su propio entorno, sus propias relaciones; la gente que está en trabajo popular y requiere urgentemente de técnicas muy bien llevadas para poder reconocer la oferta de los grandes medios o incluso la oferta de los

líderes intermedios (como el caso de las comunidades de base en Brasil, que están trabajando en este tipo de análisis del mensaje).

Hay un segundo momento que corresponde a lo que llamaría el *espacio universitario* donde evidentemente el problema del discurso es capital porque, en definitiva, en ciencias sociales nuestro ámbito de trabajo es el discurso. Me cuestiono en el sentido que al no saber leer discursos, tanto de los grandes medios, como de comunidades, como de instituciones, mal se puede pretender ser un comunicador. Es un problema de herramienta de trabajo, de análisis de la propia herramienta.

Y el tercer plano, que para mí es quizás el más importante, a más largo plazo, es el problema del discurso como los *grandes momentos discursivos del contexto latinoamericano*. Y en este sentido yo retomo una enseñanza de Arturo Roig: Habría que arrancar muy concretamente desde el período independentista para saber qué hemos sido, discursivamente hablando, en los sucesivos momentos históricos. Los análisis del siglo XIX y del siglo XX son totalmente precarios; han sido hechos por historiadores con herramientas honestas, sin duda, pero muy poco eficaces, muy poco válidas para rescatar toda la riqueza que nos enseñan los métodos de análisis. Estos serían los tres planos que yo pensaría que habría que analizar.

*¿El análisis de los grandes momentos discursivos requeriría constantes recursos interdisciplinarios?*

Si, por supuesto. Supondría un encuentro entre historiadores, entre gente que está vinculada a la historia de las ideas, filosofía, antropología, todos los problemas culturales. La lectura discursiva es para mí una lectura de todas las ciencias sociales en conjunto; entonces reconstruir un período histórico no lo hace solamente el historiador —porque ese ha sido el error del historiador tradicional en estos países— incluso con una metodología que se considera a sí misma marxista. El problema es cómo, para recuperar un espacio en el universo discursivo, se requiere de un esfuerzo múltiple, abarcante de todos los elementos que corresponden a un período histórico.

*¿Eso significa que el discurso no sería únicamente objeto de la comunicación?*

Claro, el discurso nunca fué el reino nuestro. Empecemos por el psicoanálisis, pero no sólo él, por supuesto. Yo insisto en que hay una larga tradición de lectura de comunicación en los contextos estéticos, y desde Platón y Aristóteles en adelante, las grandes estéticas han sido modelos comunicacionales; todavía no hemos recuperado eso y se trata de una lectura distinta a la nuestra.

*¿Cómo llegas al planteamiento de conocer la cultura popular en el contexto de su vida cotidiana partiendo de fuentes como los clásicos griegos?*

Bueno, yo no pretendo decir que los griegos lo hayan descubierto todo, ni mucho menos. Pero lo cierto es que los comunicólogos hemos hecho una pésima lectura de ellos; es decir, pareciera que todos los problemas de comunicación surgen con los grandes medios. Por ahí hay algunos textos que nos llaman, que nos dicen: recuerden que está esto otro, como el caso de Eco o Barthes; pero evidentemente en las escuelas no hemos seguido estas indicaciones. Mi hipótesis, que a lo mejor ni siquiera es mía, es que los antiguos comprendieron que la posibilidad de un discurso estaba en su relación con la vida cotidiana de la población y ellos hablaban de vida cotidiana; de lo que el hombre ya es, de sus relaciones inmediatas, de lo que la gente comparte a diario. . . Pero en definitiva se hablaba de lo que nosotros entendemos ahora por vida cotidiana.

Y no es que uno diga: Bueno, entonces el acercamiento de ahora no es novedoso. No, el problema no es ese; el problema es, simplemente, que una lectura en profundidad de aquellos textos nos ayudaría a pensar, a enriquecer la aproximación que intentamos ahora desde la nueva "hornada de pensadores" en el contexto latinoamericano, en el sentido de recuperar la cotidianidad, de recuperar las relaciones inmediatas, etc.

Lo que pasamos demasiado rápido es aquello de que el primer modelo comunicacional o el primer esquema comunicacional lo propuso Aristóteles. A mi me parece que ha habido esquemas comunicacionales subyacentes a los diferentes períodos históricos que de ninguna manera hemos rescatado. Por ahí hay algunos textos muy superficiales e idiotas que hablan de que la publicidad nació en la Antigua Roma, y esas cosas. Pero el problema es otro, es que para la reflexión comunicacional hay una riqueza temática que estamos forzándonos a descubrir por prueba y error, cuando podríamos aprovechar experiencias que tienen varios siglos. Esa es un poco la hipótesis de trabajo de esto.

*En tal caso, ¿habría de tu parte una visión, digamos, criticista respecto de lo que se ha estado haciendo en América Latina en investigación?*

Yo creo que el esfuerzo que se ha hecho es muy grande y los resultados son interesantes. La presencia de latinoamericanos en el Mc Bride por ejemplo, la presencia en los grandes foros, en las discusiones. En una palabra, América Latina ha sido pionera en el contexto del Tercer Mundo. Pero me parece, insisto, que eso es cosa de unas pocas cabezas, de unos pocos individuos o grupos y que la inmensa mayoría de los investigadores o por lo menos

de los profesores, sigue sobrenadando en algunos pocos textos que nos llegan del norte o algunas pocas traducciones.

Lo que no se podría pensar es que en un proceso de recuperación de los grandes momentos discursivos de América Latina no puede uno dejar de percibir la influencia que tiene la tradición de análisis del discurso desde la Antigua Grecia en adelante. Entonces, yo no diría: 'Soy crítico, descalifico o no descalifico, porque; en definitiva, todos estamos buscando. Pero creo que hay enormes lagunas que no estamos llenando y una de esas, para mí, es la pluralidad de discursos: el discurso retórico, el discurso poético, el discurso de los textos de estética, el discurso del teatro —que no hemos sabido recuperar para entender la radio— en fin, una serie de ejemplos que podríamos dar.

*Pero ciertamente en este momento se está generando una nueva concepción metodológica de análisis de mensajes en los estudios de comunicación en América Latina.*

Si, por supuesto. Lo que pasa es que estamos todavía en un grado de sofisticación muy grande en la búsqueda metodológica. A mí me parece que llega un momento en que uno tiene que decirle basta a la búsqueda metodológica y comenzar a aplicarla. Si uno se pone a revisar de qué manera se utilizan los materiales en las universidades, pues en general se podría decir que las investigaciones o son muy superficiales —porque recogen simplemente aquellos esquemitas fáciles para descifrar un mensaje—, o son excesivamente sofisticadas y en definitiva es saber qué palabra exacta coloco para diferenciarme o parecerme a tal autor francés y no de qué manera me pongo a trabajar sobre un contexto determinado. Yo creo que uno tiene una búsqueda metodológica que quizá no termina en toda la vida, pero habrá que pensar que hay una formación de un individuo que podría culminar siquiera a los treinta años, en el sentido de su formación teórico-metodológica, y entonces la búsqueda podrá seguir toda la vida, nadie lo discute. Pero hay que empezar a aplicarla; y resulta que tenemos gente que está en veinte, cuarenta o cincuenta años de investigación y sigue haciendo metodología, con la idea o con la pretensión que no está haciendo metodología sino que está revelando grandes temas de América Latina. Yo creo que hay que decir basta a ciertas cosas, formar un instrumental mínimo, serio y avanzar en la aplicación. Esa es un poco la idea:

*¿Eso supone cuestionar la presencia del cientista en América Latina?*

Absoluta y totalmente, pero sin caer en la tontería de que nuestros países no necesitan una fundamentación científica. No obstante, no se puede hacer búsqueda científica pura ante las urgencias y necesidades de nuestros países.

Yo creo que si uno se pone a pensar en la manera en que los europeos han rescatado su propia historia, habría que aprenderles la lección: han desarrollado un bosquejo —metodológico bosquejo ¿no?— y lo han aplicado lo más rápidamente posible a su historia. Bueno, a riesgo de equivocarse, de parcializarse, de no avanzar; pero ellos han ido reconstruyendo y nosotros, desde que estamos en la reconstrucción discursiva, todavía en más que pañales, sólo tenemos unas versiones baratas de lo que ha sido nuestra historia, no sabemos. Si uno hace una encuesta por ahí, por las calles de muchos países, preguntándole a la gente quién era Simón Rodríguez, no tienen la menor idea. Entonces no hemos recuperado los grandes momentos discursivos. Lo único que hemos hecho es parcializarnos en enfrentamientos idiotas de que “fulano” estaba a favor o en contra del país, cuando lo que hay que recuperar es qué pasó realmente en ese período.

*En el actual panorama de la investigación, a pesar de que se prolonguen las búsquedas metodológicas, hay aparentemente un objeto definido sobre la cultura popular. Pero, tus planteamientos pasan por una consideración de esa cultura como cultura asediada. ¿Qué significa el asedio?*

A veces pienso que, personalmente, me estoy inclinando fuertemente por una actitud antiintelectualista que puede ser peligrosa quizás, porque hay que ser respetuoso con los colegas y con la gente que está trabajando seriamente, ¿no? Pero, indudablemente, en el campo de la cultura popular y de la comunicación popular hay una multitud de advenedizos, de sinvergüenzas que están viviendo de hablar a nombre de otro. Insisto en la frase que siempre repito, tomándola de Deleuze cuando le dice a Foucault: “Usted nos enseñó la indignidad de hablar a nombre de otros”. Eso supone, para mí, un asedio, un acecho a la cultura popular y esa acechancia se produce de varias maneras: A través de quienes intentan mediatizarla; quienes intentan explotarla; quienes intentan controlarla; quienes intentan manipularla. Pero también hay toda la acechancia de quienes pretenden llevarle la luz; quienes pretenden orientarla sin consultarla; quienes pretenden arrogarse su representación. Y la acechancia de quienes van a los sectores populares por unos días “a compartir la mesa”. Es increíble un texto de Simón Rodríguez de 1840 donde dice que a veces el rico de su época se sienta en la mesa del campesino por estar aburrido de sus comidas, pero que llega con tal ostentación que, en definitiva, lo único que hace es humillar a quien lo recibió en su mesa. Cuando yo pronuncié la conferencia ésta sobre “Cultura popular, cultura asediada”, alguien me preguntó: “Mencione un acechador”. Y le contesté: Yo, durante muchos años, porque evidentemente con la mejor buena voluntad y la honestidad que uno pueda tener, se mete de acechador, sin saberlo incluso. Ahora, por ejemplo, cambiamos. Es decir, si uno va a organizar un curso se cuida mucho de decir: Bueno, como parte del curso

---

habrá una investigación de campo en tal comunidad, porque eso es usar a la gente; o, como parte del curso traeremos a fulanito y sutanito de tal comunidad campesina, porque eso es utilizar una experiencia ajena exclusivamente con una intención didáctica o con una intención de aprendizaje. Y en este sentido hay cosas asqueantes; es asqueante pensar que yo me voy a concientizar a través de la miseria ajena, usar la miseria ajena con fines de concientizarse es realmente una cosa asquerosa. En fin, posiblemente soy injusto, pero me parece que el lugar privilegiado de quienes pueden hablar con toda propiedad de la cultura popular, sin descalificar a quienes están pensando en la cultura popular honestamente o a quienes están aportando ideas como el caso de Jesús Martín, es el de los educadores populares que están insertos en las comunidades y que forman parte de ellas. Es ahí donde tenemos que tomar como punto de referencia fundamental todo lo que podamos problematizar, mediatizar, hablar, intentar reconstruir, aportar. Y no, insisto, desde una posturaseudoradical con la comodidad de un buen sueldo de la Universidad.

*Cuestionado el Cientista, ¿cómo enfrentar entonces el llamado constante para investigar los elementos de las culturas populares con esos obstáculos que impiden al investigador aproximarse sin correr el riesgo de convertirse en un acechador?*

Yo creo que todo intelectual que se meta a tratar el tema de la cultura popular vive una situación esquizoide, ese es el problema fundamental. Una situación esquizoide que dice: Me estoy ocupando de un objeto de análisis que, en definitiva, no soy yo ni es mi ámbito. Pero es mucho más fácil ocuparse de textos y es mucho más fácil ocuparse de la cultura popular como texto, ¿no es cierto? Porque también hay esos jueguitos. Pero cuando uno se mete en serio e intenta un compromiso, la situación esquizoide es irremediable; y eso se da permanentemente en las reuniones sobre cultura popular con gente absolutamente honesta e incluso integrada a la comunidad. La pregunta. . . Bueno yo estoy acá, pero me voy; aprendo ésto pero en definitiva no es ningún don; hemos trabajado tanto tiempo pero en definitiva esto fracasó porque no me involucré, no me fuí a vivir. . . Es una situación esquizoide y una situación que lleva muchos elementos de sentimientos de culpabilidad y en algunos casos, de mala conciencia. Entonces ¿Cómo conciliar la urgencia de investigación, la necesidad de acercamiento a esa cultura? Bueno, es un problema. Yo creo que ninguno de nosotros lo tiene resuelto. A mí me parece que si una persona estudia seriamente los orígenes de la cultura popular y recupera manifestaciones del siglo XIX y de éste siglo, está haciendo un aporte a largo plazo a la cultura popular.

Si una persona analiza el discurso populista y trata de ver los elementos

que allí están en juego en función de un enriquecimiento de opciones para sectores mayoritarios, aunque ese enriquecimiento sea a muy largo plazo, está trabajando, por lo menos. Pero el problema fundamental es cuando uno se mete a teorizar para dar soluciones inmediatas a la cultura popular. Para mí ese es el problema. Existen problemas de mediano, largo y corto plazo. Los intelectuales latinoamericanos hemos sido neuróticamente corto-plazistas y eso nos ha llevado a tremendas situaciones; es decir, queríamos hacer la revolución "para ayer", como dicen los mexicanos, y resulta que la revolución tiene un ritmo, tiene un período, tiene un proceso, tiene una maduración. Los tiempos de la cultura popular, de los actores populares no son, de ninguna manera, los tiempos de los intelectuales. Y entonces hemos querido meter a presión situaciones que no estaban organizadas como tales. Toda la lista interminable de fracasos que hemos conocido en el contexto latinoamericano dan muestras de una situación bastante esquizoide y eso no creo que se remedie tan fácilmente.

No tengo resuelto esto, pero me parece que el drama es el revolucionario de aula, el que tiene todas las llaves para solucionar la sociedad, el que se quedó en una etapa de pretendido redencionismo y pretende que cada situación que toque se va a redimir. A mí me parece que además en el plano científico no hemos ofrecido gran cosa a la cultura popular latinoamericana y mucho menos desde el punto de vista de la comunicación. Si uno dice: Estoy comprometido con los sectores populares, muy bien, entonces voy a estudiar —con todos los matices del caso porque habría mil objeciones— pero voy a estudiar cultura popular solamente. Ese es mi objeto de trabajo para estos cinco años que vienen, o de por vida. Y si voy a estudiar sólo cultura popular, mi objeto de análisis será una recuperación del discurso de los sectores campesinos, una recuperación de los grandes momentos históricos donde irrumpieron formas de cultura popular; es decir, no folclorismo ni nada de esas estupideces, simplemente que marcaron un ámbito, un espacio de trabajo y jugarlo a fondo porque lo que de allí se obtenga, a largo plazo servirá para enriquecer los movimientos mayoritarios de América Latina.

Sin embargo hay una tradición de muchos siglos, que es lo que yo llamo el terror al espectáculo; es decir, la incapacidad de cierto tipo de análisis, de cierto tipo de enfoque sobre la realidad, para captar el regocijo del espectáculo, de la fiesta, del atractivo del espectáculo. Ese escándalo ante el espectáculo es claramente socrático. Nietzsche acusa a Sócrates de ser incapaz de gustar una obra de teatro y tiene pruebas, se remite al texto de Diógenes Laercio, por ejemplo. Pero evidentemente quien presenta esto con más claridad, a pesar de ser un inmenso poeta, es Platón. El terror al espectáculo es para mí la incapacidad de captar los grandes momentos del regocijo social, no sólo



la fiesta, ahí está el problema nuestro, sino los momentos cotidianos de regocijo. ¿Qué quiero decir con ésto? La denuncia ideológica de lectura de mensaje, en el sentido de una desestructuración ideológica, es una lectura excesivamente adusta, excesivamente severa y excesivamente externa a quien está viviendo el discurso. Y lo que sucede es que el lenguaje cotidiano no es sólo dominación, como bien se ha denunciado, pero no es solo manipulación; intento de promover ideología y llevar a alguien hacia donde yo quiero, sino que el lenguaje cotidiano es también una fiesta, es un encuentro, es un flujo permanente, una riqueza expresiva que de ninguna manera supo captar la lectura puramente ideológica y denunciista. En este sentido la fiesta del lenguaje implica la espontaneidad cotidiana, la capacidad de relato, la capacidad narrativa, la forma de relacionarse en el sentido de la broma, el chiste, el retruécano. En fin, es un tema inmenso que habría que recuperar y que quizás nos ayude mucho a comprender el éxito de los grandes medios de difusión colectiva. Aquí está el problema que mencionábamos; quien se arroga la capacidad o la representación de lo que él llama la voz del pueblo o de los sectores populares y no es capaz de percibir estos momentos festivos, regocijantes, cotidianos, es alguien completamente ciego. Yo no puedo decir: Estoy haciendo cultura popular cuando, realmente, me paso veinte años en discusión con los franceses; eso es una pendejada, no es historia ni es aporte a la cultura popular. Si yo me paso veinte años discutiendo con los franceses sin que ellos se enteren, entonces resulta que, a la larga, mi aporte no sirve para nada en función de los que harían falta en el contexto latinoamericano.

Yo decía que hay que tener cuidado porque hay algunos autores, algunos intelectuales que han hecho trabajos muy serios. Pero ha habido un perfilamiento o una preferencia por los momentos excepcionales de una cultura popular como puede ser la fiesta, como puede ser el carnaval, el entierro, etc., que son sólo parte del problema, porque si bien es cierto que concentran gran riqueza expresiva; hay que reconocer que eso es algo mucho más extendido y que constituye, de alguna manera, también la trama íntima del lenguaje cotidiano.

*Podríamos admitir que, en general, nuestras Facultades de Comunicación han superado el marco de la denuncia ideológica y en algunos casos se han introducido vertiginosamente en esa nueva perspectiva de la comunicación popular. Tú has mencionado problemas concretos en la aproximación, por parte de los investigadores de la comunicación, a ese espacio cultural. Pero en el ámbito universitario esos problemas se agudizan, no solo porque los objetos de la cultura popular —como bien ha planteado Jesús Martín— no pueden constituir tan sólo un tema más entre los que aborda la universidad, sino porque justamente al comenzar a trabajar allí, se mantiene un divorcio*

*de la producción de medios, el manejo de recursos expresivos y la capacidad de crear y analizar mensajes, frente a una investigación teoricista que desprecia esas prácticas y termina por formar estudiantes cuyo discurso universitario está no sólo aislado sino distante de poder ejercer algún valioso trabajo para esos sectores populares hacia los que, se supone, dirige su atención esa mal llamada investigación crítica. ¿Qué capacidades verías entonces en un comunicador que se forma en ese nuevo panorama de la comunicación popular?*

Yo creo que los comunicadores prácticos se han formado siempre en ese panorama y los hemos rechazado. Tuve la suerte de iniciarme como periodista práctico antes de pasar a dedicarme a teorizar o a analizar la comunicación. Y lo primero que aprendí fueron los recursos del lenguaje, fué lo que se llama: Oficio. La palabra oficio no la hemos sabido rescatar en las escuelas, el oficio del lenguaje es una tarea larguísima, es una tarea de años que en el periodismo práctico tiene el riesgo de convertirse en una serie de "clichés" que se van repitiendo de una manera mecánica cuando uno se deja vencer; pero es como cualquier otro oficio; también uno se deja vencer en el oficio de médico, en el oficio de carpintero, en el oficio de pintor. Y este aprendizaje, es un aprendizaje de recursos expresivos que en las escuelas hemos despreciado mucho, con la etapa de un período teoricista de la década del 70.

Cuando García Márquez dice que el periodismo es el mejor oficio del mundo, está diciendo algo impresionante porque si hay alguien que tiene oficio es él. Sin embargo, es un oficio creativo; nosotros hemos despreciado el oficio como si fuera algo artesanal, de una manera despectiva desde el punto de vista de la universidad. Entonces, me parece que hay que hacer un reaprendizaje por un lado, del verdadero lenguaje que utilizan los medios; antes que despreciarlo, aprenderlo muy bien, y aprenderlo como oficio. Y por otro lado un reaprendizaje de la riqueza expresiva de las relaciones cotidianas. Nos preguntaban en una conferencia si eso implicaba recuperar expresiones fuertes, no permitidas a través de los grandes medios. Lo que estamos insistiendo, es que no es el problema de la palabra puntual, sino el problema de la construcción del lenguaje. Cuando uno habla de una capacidad narrativa, no está pensando en tal o cual palabra, está pensando en la capacidad narrativa, en la capacidad de generar una tensión, un crescendo, un desenlace, una capacidad de atraer a alguien a través de estos pasos del relato. Pero hay un abismo entre el discurso universitario que es pobremente narrativo en el sentido de la riqueza expresiva que debiera tener y el discurso de los medios de difusión y de la gente. Lo curioso es que nosotros también vivimos una situación esquizoide porque en nuestras relaciones inmediatas, en la calle, en la casa, en los pasillos de la universidad, mantenemos un discurso muy vivaz: pero cuando entramos al

aula nos acartonamos y empieza a enfriarse, a congelarse esa vivacidad del discurso. Lo peor es que cuando estamos formando estudiantes que eliminan toda su riqueza expresiva para sumarse a un discurso pobre, entonces realmente estamos creando pianistas con manos de trapo, ¿no?

*¿Cómo plantear un acercamiento de ciertas metodologías de investigación, con su tendencia abstracta y especulativa, si se quiere, marcada por el teorismo de los años sesenta, con esa evidente necesidad de aproximarse a la expresividad y narratividad de los discursos, ya sean de los sectores populares o de los medios masivos?*

Esta es una opción político-ideológica. Tú optas por una universidad cientista-teoricista u optas por una universidad abocada a la corriente de la vida o haces una mezcla insoportable que es lo más común. Es una opción bastante difícil porque parece necesitar un equipo de gente con mucha capacidad, si optas por la segunda vertiente narrativa y expresiva. Mal puedes enseñar la expresividad si tu discurso es parco, pobre, aburrido. . . La expresividad es algo que se comparte, que se da viviendo en la aventura y en la riqueza del aprendizaje. Entonces, para mí es una opción político-ideológica, en el sentido de apostar por el fluír de la comunicación u optar por un congelamiento de la comunicación en su fase teórica. Porque además hay otra discusión de base que está acá: es resolver si estamos organizando una escuela para formar comunicólogos o para formar comunicadores. Personalmente, por supuesto, estoy a favor de lo segundo sin discutir la necesidad de lo otro; pero en todo caso, habrá que pensar en otros pasos, especializaciones, en formas de grandes proyectos de investigación. Pero la mezcla que hay entre el comunicador y el comunicólogo nos ha hecho bastante daño.

*Uno de los aspectos que más ha marcado los años ochenta es el proceso acelerado de la transformación de currícula en las facultades de comunicación. Si se decide formar al comunicador, ¿cuáles serían los elementos centrales de esa formación?*

Bueno, ahí no hay fórmulas y uno es bastante cuidadoso en ese sentido. Yo he dado por ahí cursos de diseño curricular y lo primero que se dice es: Señores, venimos a proponer ciertas metodologías de análisis pero las opciones son de ustedes. Uno no puede decir: Mira, esto hay que hacerlo así. Pero si tuviera que formar una escuela, o sea no darle consejos a otra, pensaría en una capacitación básica que abarcaría por lo menos lo siguiente:

En primer lugar, *capacidad expresiva* que es lo que yo llamo el oficio de expresarse, todo lo que hemos venido analizando de la apropiación de la

---

capacidad narrativa, la capacidad de tensión en el relato, en el lenguaje, no sólo a través de lo verbal, sino de otros recursos.

En segundo lugar, la *capacidad de manejo en profundidad de algún medio*; es decir, sea impreso o audiovisual, todos los lenguajes correspondientes a uno o más medios.

En tercer lugar, una *capacidad de lectura de los propios mensajes*. Si uno va a vivir haciendo discursos toda la vida tiene que poseer algunas herramientas para leer su propio discurso y el discurso o el contexto discursivo en que está metido.

En cuarto lugar, una *capacidad de diagnosticar situaciones de comunicación*. No la capacidad de diagnosticar un país, como se ha pretendido en algunas escuelas, sino la capacidad de enfrentarse a una situación de comunicación y decir qué está pasando allí en términos comunicacionales. Esto produciría un enriquecimiento o una inserción mayor de nuestros estudiantes en otros sectores no tradicionales como pueden ser el Estado o las comunidades intermedias.

Y, en quinto lugar, una formación fuerte en cuanto *saber dónde se está parado* en términos históricos, ¿no? Qué pasa en mi región, qué pasa en mi país, qué pasa en el contexto latinoamericano. Ahora, la preocupación fundamental de este cambio, irrefrenable, de currícula en las escuelas es que por un lado, nadie tiene claro esta distinción entre el comunicólogo y el comunicador, y por otro lado, los programas se improvisan a partir de una lista de materias de un grupo de gente muy bien intencionada pero aislada. Además, no hay diagnósticos de comunicación, no hay diagnósticos de las propias instituciones. Pero hay un elemento que yo quiero destacar por encima de todos y es el de la escasa continuidad de la capacitación a lo largo de los currícula. ¿Qué quiero decir con esto? Si alguien va a formarse en el oficio de expresarse, no se puede pretender que aprenda ese oficio con una materia que dura un semestre o un año. El oficio de expresarse se debe practicar a lo largo de toda la carrera, entonces, si son 5 años, son 5 años de expresarse; si son 5 años, son 5 años de lectura de mensajes; si son 5 años hay 5 años de diagnóstico, hay 5 años de aprendizaje de la propia realidad y hay 5 años de manejo de los medios. ¿Cómo diablos se hace esto? Bueno, pues habrá que tener un poco de imaginación, pero yo creo que se puede lograr. . . Forzar las materias más pretendidamente teóricas hacia un acercamiento a todo esto que estoy diciendo. Ese es un poco el esquema de trabajo, que de una manera personal, no le propongo a nadie, sino que lo pondría en práctica si tuviera que dirigir una escuela.

---

*Cuando se da ese proceso de reforma curricular, puede quedar en el ambiente una contramarcha en la formación de investigadores en las facultades de comunicación. Detrás de lo que has dicho ¿habría también ese planteamiento? ¿el investigador tendría que formarse a partir de una opción personal extra-académica?*

Si yo tuviera que dirigir una escuela, plantearía desde el comienzo que no hay manera de aprender sin investigar. De lo contrario se comete el mismo error: un primer año, un segundo año de dos materias de investigación que además no son de comunicación, son siempre de ciencias sociales en general y resulta que al final de cuatro años el estudiante tiene que hacer una tesis y no sabe cómo diablos hacerla; al enfrentar una situación no sabe por dónde encararla. Entonces, todo lo que acabo de decir implica, desde mi punto de vista, una investigación permanente desde el primer día de clase, no hay proceso de enseñanza / aprendizaje válido que no esté basado en la investigación. Esto no quiere decir que haya que hacerle creer al estudiante que va a hacer, durante su formación básica, la gran investigación; es una mentira inmensa, nadie hace las grandes investigaciones cuando tiene 18, 20, 22 años. La gran investigación se hace en equipo, se hace con mucha madurez, se hace después de varios años de trabajo. Entonces, no separar la docencia de la investigación. Pero, pensar que es un aprendizaje de investigación para cuestiones más profundas porque el asunto es de mayor alcance. Yo creo que la contramarcha o el retroceso en el sentido de la investigación no es sólo un problema de la comunicación, es en general de las ciencias sociales y podemos caer en el riesgo de pensar que "al diablo con la investigación", "viva la práctica". . . . Lo que pasa es que cuando yo nombro cinco elementos los estoy planteando como una formación básica. Básica quiere decir, bueno en cuatro años tengo una persona que está capacitada para hacer esto, después veré qué otras cosas. Entonces, mira, viene una especialización, viene una maestría, viene un doctorado, vienen unos estudios en investigación, vienen unos programas; pero si uno está pretendiendo formar un investigador cuando el chico no sabe todavía ni redactar, pues es una estupidez inmensa en el sentido de la palabra Investigación, con mayúscula; en cambio si es una investigación cotidiana resolvió el problema, buscar información, procesarla, sacar conclusiones que abarquen toda la carrera.



*"TRISTEZA", María Claudia Salcedo (Alumna de III Semestre).*